

ELECCIONES Y GUERRA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por lo que a Europa concierne, la política de los Estados Unidos, muy de actualidad a causa de la guerra del Vietnam y, más recientemente, por las elecciones legislativas de noviembre y el renovado interés que sus resultados han podido dar a la especulación en torno a las elecciones presidenciales de 1968, está dominada por dos cuestiones fundamentales en las que los resultados de unas elecciones ya pasadas o las conjeturas sobre otras venideras apenas serían capaces ya de ejercer alguna influencia. Una de ellas es, por supuesto, la guerra del Vietnam, anterior y posterior a la vez a esas últimas elecciones, en las que no estaba en juego ni era susceptible de decisión alguna esa guerra ni la forma en que se hacía, ahora la nota dominante del nuevo y ya casi angustioso interés que tiene la posición de los Estados Unidos en el Pacífico. La otra es el estado de la balanza de pagos de los Estados Unidos, que en los pocos años que median entre 1958 y 1965 alcanzó una cifra acumulada de aterradoras dimensiones: 21.000 millones de dólares. Lo que, incidentalmente, se queda corto ya cuando se le compara con lo que está costando anualmente la guerra del Vietnam.

Este aspecto de la cuestión, el déficit en la balanza de pagos de los Estados Unidos, adquiere una significación que no podía tener en los días en que esta potencia disfrutaba a la vez de una posición comercialmente hegemónica en todo el mundo no comunista y producía la sensación de tener centrado en Europa el interés máximo de su política exterior. A tiempo que un estado de cosas siempre cambiante ha influido de una manera lenta, pero constante, en su balanza de pagos, hasta producir una sensación de desequilibrio acusado, en aquel interés dominante de su política exterior, se iba produciendo también un desplazamiento que ha alcanzado el punto de mayor desarrollo a lo

largo de la posguerra en los días que eran la víspera de las pasadas elecciones legislativas, con el espectacular y un poco increíble viaje del presidente Johnson por el Pacífico y algunas porciones del continente asiático.

Para esto ha sido una ayuda importante, valiosa, el hecho de que no sólo la Europa occidental hubiese alcanzado el punto máximo, hasta ahora, de una recuperación y un desarrollo de fenomenal magnitud, sino que se hubiese producido al mismo tiempo la sensación de que todo el peligro de guerra—y de inestabilidad político-social también—por esta parte había desaparecido o, en cualquier caso, dejado de ser un motivo de preocupación. Además, el crecimiento fabuloso del poder en una y otra superpotencias nucleares ha descartado prácticamente la posibilidad misma de un conflicto armado y directo, de lo que ha salido el inevitable estímulo para buscar argumentos, no sólo en favor del desarrollo de una política de aproximación, sino hasta de una *entente* ya tan posible que, a no ser por la existencia de otros puntos de fricción tan sumamente delicados como la guerra del Vietnam, acaso se hubiese convertido en la sorprendente realidad de estos días.

De semejante desarrollo es de esperar que salgan consecuencias capaces de influir mucho en el estado de las relaciones respectivas de cada una de esas superpotencias en sus propios campos de acción preferente. La marcha de los acontecimientos en los últimos años y de manera muy especial desde los días de John F. Kennedy en la presidencia de los Estados Unidos, que desembocaron, a menos de un año de la dramática *confrontación* sobre Cuba en la negociación y firma del Tratado de Moscú sobre la prohibición parcial de las pruebas nucleares, hace innecesaria toda tarea de explicación y documentación de las alusiones inevitables a una situación que ha alterado ya y está alterando todavía las relaciones entre los Estados Unidos y la Europa occidental, consecuencia directa e inevitable de ese desplazamiento general y masivo del interés de la política exterior norteamericana hacia el Pacífico y el Lejano Oriente y del deseo de reducir mucho, en el caso de no poder eliminar el déficit de la balanza de pagos mediante una *acción comprensiva* por parte de las naciones que en unos momentos críticos habían recibido una ayuda, a la vez generosa y de sorprendente eficacia de los Estados Unidos. Esa aparente falta de comprensión y solidaridad para la posición en que se encuentran ahora los Estados Unidos es, por lo menos, un factor moral y psicológico que ayuda mucho a complicar una situación que, en las relaciones con la Europa occiden-

tal, puede no ser todavía de divorcio, pero sí es de enfriamiento notorio, por lo menos.

Apenas se podría pensar en una ilustración más llamativa que ese estado de evidente tirantez en que ahora se encuentran las relaciones entre Washington y Bonn, consecuencia del enfrentamiento de intereses a que se ha llegado por causa de negociaciones y discrepancias en torno a cosas como la posición de la República Federal de Alemania, dentro del cuadro estratégico de la política de la O. T. A. N., en particular en lo relacionado al control del armamento nuclear, que no forma parte todavía del armamento de la O. T. A. N., del futuro de esta organización, aquejada de graves males y de la reacción negativa que ha provocado al fin, en el ambiente alemán, la insistencia norteamericana en recibir una compensación adecuada por los gastos originados por la presencia de una fuerza militar importante en un territorio de soberanía alemana. Lo que en un tiempo era parte inseparable e indisoluble de la política exterior de los Estados Unidos en su proyección occidental, representada y simbolizada a grandes rasgos por la O. T. A. N., es ahora un motivo de preocupación económica y financiera casi exclusivamente.

El simple hecho de que la Europa occidental, que ha alcanzado altos niveles de prosperidad y desarrollo en un ambiente de paz exterior y una gran estabilidad política interior, después de haber arrancado del punto bajo y sombrío en que se encontraba en el momento de la intervención ancha y decidida de la ayuda norteamericana, no adopte una actitud de colaboración resuelta, hasta el punto del sacrificio si eso fuese necesario, con los Estados Unidos, apenas sirve para otra cosa que para hacer más agrias y tirantes unas relaciones que de momento no parecen ser satisfactorias. Pero no se puede esperar que por esto vaya a sufrir una desviación radical la nueva línea de dirección y expresión de la parte fundamental y preferente de la política exterior de los Estados Unidos.

* * *

Para la mejor comprensión de esta fase nueva—y muy antigua, al mismo tiempo, puesto que el Pacífico empezó a tener un interés especial para los Estados Unidos en los días mismos de formación y desarrollo de su existencia nacional independiente, cuando la nota dominante de su política exterior era la advertencia contra las *entangling alliances*, que hacían referencia a la Eu-

ropa de la cual era parte Inglaterra, la nación con la cual se había estado en guerra, una guerra de independencia, hacía muy poco tiempo, de ninguna manera al Pacífico, que empezó a proyectarse como un vasto campo para la acción comercial y un poco aventurera, que culminó en la toma de posiciones por Samoa, Hawai, las Filipinas y, un poco antes todavía, la exhibición de un impresionante poder militar para abrir puntos de entrada en el Japón a los productos norteamericanos—de la política de los Estados Unidos no ha podido ser una ayuda especial y eficaz el hecho de que el reciente y un tanto sensacional viaje del presidente Johnson hubiese sido descrito como una gira de propaganda electoral. Que hubiese sido hecho, es más, por razones esencialmente, casi exclusivamente electorales cuando la guerra del Vietnam producía la impresión de estar a punto de saltar a un escalón más alto todavía en un proceso de gradual y constante ensanchamiento del peligroso conflicto. Y cuando, al proceder de esta manera extraña se hubiese podido crear por el exterior, Europa especialmente, la impresión de que en un año de elecciones todo está permitido en los Estados Unidos, incluso el intento de sacar partido a una situación como la del Vietnam, sin otra finalidad principal que el ayudar a un candidato a la Cámara de representantes por un distrito de Brooklyn o al candidato a gobernador por el Estado de Michigan.

Y esto cuando podía ser general ya la sospecha, quizá hasta el convencimiento, dentro y fuera de los Estados Unidos, de que la guerra del Vietnam bien podía haber alcanzado el punto a partir del cual lo menos malo que de ella pudiese salir sería otra Corea, con una especie de tablas en el campo de la acción militar y, por consiguiente, la decisión de mantener, en estado permanente ya, una vigilancia armada a un lado y el otro del paralelo 17. En ese caso, lo que en la primera parte de la década pasada fue una frustración y un desaliento, aunque no una derrota, hacia la terminación de la década ahora en curso podría muy bien ser el comienzo de la realización de un plan tan ancho como ambicioso y una de cuyas manifestaciones, a la vez sorprendentes y de una claridad impresionante, sería el haber empujado la frontera occidental de los Estados Unidos hasta el otro lado del Pacífico, para tocar literalmente las orillas del continente asiático y tener así por delante toda una vasta *hinterland* predispuesta a ser convertida en campos de aventura, penetración y, fatalmente, conflicto también.

Esa coincidencia del viaje del presidente Johnson al Pacífico y Asia, dos semanas largas en las que estuvo en desarrollo, por los Estados Unidos mis-

mos, la fase final de la campaña electoral, con unas elecciones a las que se atribuyó por anticipado una importancia especial, acaso por tenerse la sospecha de que pudiesen ejercer alguna influencia en la marcha de la guerra del Vietnam, ha venido a acentuar mucho la nota de confusión que ha estado más o menos de manifiesto a lo largo de un conflicto que ha tenido la propiedad extraordinaria de crear y alimentar estados de emoción alta y a veces peligrosamente desarrollados. Cualquiera que fuese la realidad de la situación en un momento dado, no hay duda ya que la guerra del Vietnam ha podido ser considerada como uno de los acontecimientos más llamativos y acaso más graves también de nuestro tiempo. Como algo cuya gravedad aumenta, es más, sin cesar.

Un elemento importante de esa nota de confusión ha sido la sospecha o el convencimiento, en momentos anchamente en evidencia, de que el resultado de esas elecciones legislativas del pasado noviembre podría, acaso habría de ejercer una fuerte influencia en la marcha de las operaciones, quizá en el sentido, al fin, de actuar decisivamente en favor de unas negociaciones de paz. No se necesitaría más que la circunstancia, ya en evidencia, de que la oposición republicana, entre cuyas voces diversas pudo destacarse con fuerza la del ex vicepresidente Richard M. Nixon, una vez candidato también a la presidencia, y que ahora, como consecuencia precisamente del resultado de esas elecciones en las que son muchas y notables casi siempre las posiciones conquistadas por el Partido Republicano, pudiera considerarse con títulos renovados, para serlo de nuevo en 1968, había llegado a calificar la guerra del Vietnam como «la guerra de Johnson», igual que años atrás se había hecho con Corea, escenario de la que se llamó «la guerra de Truman», junto con la insinuación de que los demócratas forman el *War Party*, es decir, el partido de guerra, para desembocar en la conclusión precipitada de que el triunfo—o una mejora franca de posiciones—republicano habría de ser necesariamente el triunfo de una política favorable a la paz en el Vietnam.

La misma insistencia, en discursos y manifestaciones y, finalmente, en la Declaración de Manila, a la terminación de la conferencia convocada por el presidente Ferdinand Marcos, y en la que participaron, junto con los Estados Unidos y las Filipinas, las representaciones de Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Vietnam del Sur y Tailandia, para examinar la situación en una buena parte de Asia, más bien que la guerra del Vietnam, sobre la buena voluntad, la decisión incluso de los Estados Unidos para iniciar negociaciones de paz,

podía acentuar mucho más todavía la impresión sobre cuál era, en realidad, la gran cuestión que habría de ser el tema central de esas elecciones.

* * *

Desde un punto de vista nacional, ambos partidos, el demócrata y el republicano, estaban tácitamente de acuerdo en la exclusión de la guerra del Vietnam como un *issue* real en esta ocasión, y si los demócratas, con Johnson en la presidencia, no tenían más remedio que seguir adelante en la forma en que se había venido haciendo últimamente—acumulando más hombres y medios para el desarrollo de la guerra, más bien que las negociaciones de paz—para los republicanos, que en el espectro político norteamericano ocupan posiciones que están, en general, un poco, sólo un poco, a la derecha de las ocupadas por los demócratas, apenas se podría pensar en nada más ofensivo, más inaceptable, en estos momentos, que una paz negociada con apresuramiento y sin honor.

Las posiciones que el viaje del presidente Johnson y la campaña electoral habían conseguido envolver en un ambiente de confusión, casi de mucho desorden mental, eran esencialmente claras. Por detrás y más allá de las protestas y declaraciones en favor de la paz y la buena disposición oficial norteamericana para iniciar negociaciones en ese sentido, estaba—está todavía—una cuestión que es ya fundamental: la posición del poder y el futuro de los Estados Unidos frente al desarrollo constante y amenazador del poder y el futuro de China, una nación que se está convirtiendo rápidamente en una potencia atómica y cuyas ambiciones de hegemonía—dominación total más bien—de todo el mundo que se encuentra bañado por el Pacífico oriental o al oeste de ese océano, apenas podrían tener más que efectos estranguladores sobre las posiciones y los intereses de los Estados Unidos. De hecho, lo que en el Vietnam está en juego es la posibilidad, tal y como se ve y comprende por un sector ahora dominante de la vida norteamericana, de supervivencia de los Estados Unidos como una gran potencia con intereses genuinamente extracontinentales.

En la Conferencia de Manila se llegó a un acuerdo rápido y unánime sobre una «Declaración de paz y progreso en Asia y el Pacífico», cuyos puntos esenciales son: «La agresión no puede prevalecer»; «tenemos que quebrar las ligaduras de la pobreza, el analfabetismo y la enfermedad»; «tenemos que fortalecer la cooperación económica, social y cultural, con la región asiática y

pacífica»; «tenemos que buscar la reconciliación y la paz a través de Asia». Para el desarrollo de un programa tan ambicioso y general, que apenas tiene nada que ver con la guerra del Vietnam o su terminación, no se había tenido en cuenta—por exclusión propia y deliberada—a las grandes, principales naciones de Asia.

Cómo sería posible o viable el desarrollo de un programa así sin la participación y colaboración de China—es más, con la oposición de China—es algo que no se comprende fácilmente. Pero menos se comprende todavía, en un orden de cosas como el actual, del que forzosamente se ha de excluir a China, la ausencia, probablemente la oposición también, de las dos potencias asiáticas más importantes después de China: el Japón por un lado, la gran potencia industrial del mundo oriental, y la India, elemento básico—quizá decisivo también—de la vida del Asia continental, por debajo de China.

La atmósfera irrealista, casi subrealista, en que apareció envuelta la Conferencia de Manila, alcanzó un punto culminante en el momento de advertirse que las concesiones aparentes hechas a la paz en el Vietnam, en el comunicado que se publicó a su terminación, eran sólo una promesa que el enemigo se apresuró a considerar como inaceptable. «Nuestra única demanda a los dirigentes del Vietnam del Norte—decía este comunicado—es que abandonen la agresión». Todo lo demás apenas era otra cosa que el resumen de lo que se había dicho más veces y de muchas maneras, y que un comentarista popular resumió en la frase, dirigida a los hombres de Hanoi: «Abandonad la lucha y seremos justos».

En una situación como a esa a que se ha llegado, con grandes y alarmantes preparativos militares por encima de la frontera del Vietnam del Norte, con una situación que se va haciendo tensa, a medida que los Estados Unidos concentran hombres y elementos de poder en cantidades siempre mayores, hasta que para la primavera próxima se espera que sólo en el Vietnam del Sur haya unos 400.000 soldados norteamericanos, acaso no menos de 50.000 en Tailandia, y núcleos importantes y poderosos en otras partes, en las Filipinas, Guam, Okinawa y, por supuesto, en el mar de la China Meridional, donde se halla prestando servicio permanente una parte importante de la VII Flota del Pacífico, con una situación así, ¿sería lógico y hasta razonable esperar otra cosa que la respuesta que llegó, sin demoras ni vacilaciones aparentes? Lo que para Pekín era «un chantaje abierto y descarado y una desvergonzada patraña», para el resto del mundo comunista, en el que aparecía incluida, en

posición especialmente dominante, la Unión Soviética, era una clara, inconfundible demanda de «rendición incondicional».

* * *

Apenas se podría pensar, cualquiera que fuese el resultado de las elecciones legislativas norteamericanas y de la Conferencia de Malina—incluyendo en esto, con fines puramente especulativos, la más favorable posible de las reacciones ante las conclusiones a que se había dado forma en el comunicado final—en una situación de negociación y de paz que desembocase en la prometida, muy vagamente, retirada del poder militar norteamericano y de los aliados de los Estados Unidos, dentro de los seis meses siguientes a la retirada del «otro lado», con el abandono de la agresión de que se le acusaba y la creación, en consecuencia, de condiciones favorables para el desarrollo de las negociaciones que hiciese posible buscar para la guerra del Vietnam esa solución política que, según una opinión muy generalizada, era ya la única posible. Una condición esencial para llegar a semejante situación sería un estado de ánimo predispuesto favorablemente hacia la retirada, algo que no era posible advertir por parte alguna en los momentos en que continuaba, al mismo o mayor ritmo de lo que se había hecho en un pasado reciente, la acumulación de medios humanos y materiales y la preparación de grandes bases, y no sólo en el Vietnam del Sur, capaces de transformar toda una vasta región en uno de los centros de actividad militar más importantes del mundo.

Frente a las declaraciones de intención estaban las afirmaciones sobre el propósito que animaba a los Estados Unidos en los momentos en que el presidente Johnson se encontraba de viaje por puntos distintos del Pacífico y el continente asiático y de las cuales pudiera ser un resumen y compendio lo que dijo en el breve discurso pronunciado en el curso de la visita fulgurante que hizo a la gran base militar de Cam Ranh, en el momento de imponer altas condecoraciones a cinco hombres que se habían distinguido de una manera especial y sobresaliente en el cumplimiento del deber.

Después de saludar a los soldados a quienes había ido a visitar «porque no podía venir a esta parte del mundo y no venir a haceros una visita», el presidente Johnson dijo:

«Os doy mi palabra: Jamás os abandonaremos a vosotros o a vuestros camaradas de combate, o a los 15 millones de gentes del Vietnam del Sur, o a

los cientos de millones de asiáticos que cuentan con nosotros para hacer demostración aquí—aquí en el Vietnam—de que la agresión no paga y la agresión no puede prevalecer».

La visita al Vietnam del Sur tuvo culminación adecuada en el acto de condecoración del comandante en jefe de las operaciones militares allí en curso, el general William C. Westmoreland—un hombre que, incidentalmente, podría un día ser candidato a la presidencia, como lo fue años atrás el general Eisenhower, y no del Partido Demócrata precisamente—, en cuyo pecho prendió el presidente Johnson la Medalla de Servicios Distinguidos en acto de reconocimiento «por su valor, su dirección, su decisión y su gran capacidad como soldado y como patriota».

Fueron escenas como ésta mucho de lo que en Manila o Wellington o Camberra dió significación y sentido al viaje de Mr. Johnson por el Pacífico y puntos del continente asiático. Hechos como esa visita emocionada a una representación de los hombres que luchan en el Vietnam del Sur y actos como el de la condecoración al general Westmoreland, sobre el que dijo el presidente, dándole un sentido general: «Combatientes norteamericanos, contáis con el respeto, contáis con el apoyo, contáis con las oraciones de un presidente agradecido y de una nación agradecida».

El hombre que produjo una impresión extraordinaria, al fin, con ese viaje que sigue pareciendo, semanas y meses después, un acontecimiento asombroso, algo cuyo sentido saltó de las páginas editoriales de *The Times*, de Londres, con el comentario que hablaba de algo que «en algunos aspectos parecía ser casi el desarrollo de un viaje real siguiendo la periferia de un reino», pudo dejar resumida la actitud de los Estados Unidos en aquel momento, con lo que dijo, también en el curso de la visita hecha a un destacamento militar, esta vez en la Corea del Sur, cerca de Seul.

«Dos veces a lo largo de mi vida con anterioridad a Corea, creímos que podíamos sentarnos y esperar, que lo que pudiese pasar al otro lado del charco no podría significar nada definitivo. Pero llegamos a la conclusión de que no podíamos hacerlo así».

Con esta introducción, que venía a realzar la importancia que tiene Asia, no sólo el Pacífico, para los Estados Unidos, el presidente Johnson siguió adelante en términos que bien merecen una cita de alguna mayor amplitud. Dijo:

«Hay 3.000 millones de seres en el mundo y nosotros no reunimos más que 200 millones de ese total. Nos encontramos en una inferioridad de 1 con-

tra 15. Si la fuerza hiciese el derecho, se extenderían por los Estados Unidos para barrernos y quedarse con todo lo que tenemos. Tenemos lo que ellos quieren.

Mejor sería que estableciésemos de nuevo una regla que ya establecimos en Europa cuando fuimos allá: que ningún dictador por el sólo hecho de tener poder, de tener fuerza, puede asfixiar la libertad y la independencia.

Hemos tenido que demostrar que eso no se pudo hacer en Corea. Acaso tengamos que demostrar que no se puede hacer en otras zonas del Pacífico. Estamos demostrando ahora mismo que no se puede hacer en el Vietnam: 400.000 de nuestros jóvenes, la flor de nuestra población, la crema misma de nuestros hombres, están allí.

Es mejor hacerlo allí que lo sería hacerlo en Honolulu».

De quedar, pues, algún elemento de confusión sobre lo que la guerra del Vietnam es para los Estados Unidos, para lo que hoy habla no menos que actúa en nombre de los Estados Unidos, no será por falta de elementos de juicio, de posibilidades de esclarecimiento. Y si el presidente Johnson está haciendo un uso inadecuado de aquella enorme, sin precedentes por el volumen, mayoría que alcanzó en las elecciones presidenciales de 1964, frente a Barry Goldwater, el candidato republicano, con un total de 15.951.083 votos por encima de la votación lograda por su rival, ¿cuál es la actitud real de los republicanos, de la representación más ancha y significativa que tiene ante sí en estos momentos el Partido Demócrata, con el presidente Johnson a la cabeza? Porque una cosa es, en el panorama político—en el nacional también—norteamericano, hablar de que el presidente Johnson ha traicionado a un estado de opinión que vió en él la oposición inconfundible a la actitud, calificada de belicista, de Goldwater, y otra muy distinta el haber llegado a unas elecciones en las que la única oposición real al partido que está en el poder ha sido la republicana, en cuyo nombre habló esta vez, y acaso con mayor autoridad y amplitud nacional, el ex vicepresidente Nixon.

En la víspera misma de las elecciones pasadas, el secretario de Defensa, Robert S. McNamara, declaró en Johnson City, Estado de Tejas, a donde había ido para conferenciar con el presidente, que descansaba, en preparación de una nueva intervención quirúrgica—doble esta vez, para corregir una hernia que se había producido en el lugar donde había sufrido una intervención anterior, para la extirpación de la vesícula biliar y la eliminación de un pó-

lipo en la garganta—que el año siguiente—1967—los norteamericanos llamados a filas se reducirían a la mitad.

¿Quería aquello decir que se vislumbraba ya el final de la guerra del Vietnam y que, en cualquier caso, se estaba entrando en la fase de una estabilización, quizá hasta una reducción de los efectivos militares, de que ya los Estados Unidos disponían allí? La actitud del señor McNamara parecía algo más prudente que cuando, unos pocos años antes, había prometido no sólo que la guerra del Vietnam terminaría pronto, sino que para la Navidad de 1965 estaría muy avanzado, acaso concluyendo el proceso de retirada de los soldados que habían sido enviados para intervenir en unas operaciones que el norteamericano medio no acaba de comprender. Quizá por no habersele explicado bien lo que está sucediendo y, sobre todo, por qué estaba sucediendo.

Esa nueva declaración, moderadamente optimista, podría no ir más allá de la conveniencia de no ver a millones de ciudadanos acudir a las urnas el día siguiente, 8 de noviembre, envueltos en una atmósfera de pesimismo y desalientos. La situación en el Vietnam, explicó, «se está estabilizando y ha mejorado considerablemente». A pesar de lo cual, añadió, «será necesario enviar 40.000 hombres más antes del fin de año», es decir, antes de la terminación de 1966, que cuando él habló estaba ya a menos de dos meses de distancia. De hecho, esto parecía decir que la acumulación de hombres y material había de continuar al mismo ritmo de los últimos tiempos. Por eso tal vez el vicepresidente Nixon acusó al secretario de Defensa de haberse entregado a una maniobra electoral. El anuncio que había hecho, dijo, «produce la impresión falsa de que los Estados Unidos van a reducir sus efectivos (en el Vietnam del Sur). Cuando la realidad es que el número de los soldados norteamericanos en el Vietnam llegará a 500.000 el año que viene. El aumento será sólo de 100.000, sin embargo, en vez de los 200.000 de este año».

The New York Times, sin candidatos propios en las elecciones que estaban a punto de celebrarse, comentaba la situación editorialmente, diciendo que Mr. McNamara trataba, sin duda, de tranquilizar a tontos y troyanos. Aunque lo que conseguía a cambio de sus esfuerzos era aumentar la confusión creada a lo largo de las dos últimas semanas con tanta declaración gubernamental sobre la paz y la guerra, destinadas «a dar algo a cada uno justamente antes de que la nación se dirigiese a los colegios electorales».

Para añadir: «La guerra continúa adelante justamente igual que antes. Nada ha cambiado. Con todo, ha habido una insinuación clara de un cambio

favorable en lo que Mr. McNamara ha dicho y en la manera en que lo dijo. La impresión ha sido de una guerra en 1967 que no dolerá ni costará nada: un despliegue de tropas más lento; niveles más bajos de reclutamiento; ninguna necesidad de recurrir a las reservas; nada de aceleramiento de las actividades de bombardeo; concentración en el plan de reconstrucción en el Vietnam del Sur; una reducción en los gastos militares; preparación para una transición económica suave en los Estados Unidos en el caso de que haya paz.

«En realidad, la guerra del Vietnam sigue siendo tan amarga, tan costosa y tan grande como en cualquier otro momento, y, es más, se está haciendo mayor. Esta es la perspectiva para 1967, en el momento en que, tanto el presidente Johnson como el secretario MacNamara, en su análisis, nos la presentaron. La actitud norteamericana sigue siendo de la paz a través de una guerra mayor todavía».

* * *

En realidad, ¿se podría esperar otra cosa? A pesar de tanta declaración anunciando la decisión norteamericana de no desperdiciar y menos pasar por alto la ocasión de negociar la paz en el Vietnam, a pesar de los viajes de explicación de los motivos y fines de la acción militar norteamericana en el Sudeste Asiático y la significación de un acontecimiento como la Conferencia de Manila, tarea en la cual se ha distinguido de manera muy especial el más distinguido, desde hace largos años, de los consejeros presidenciales, Averell Harriman, la guerra del Vietnam ha seguido—sigue todavía—su curso, porque, como también ha dicho el presidente Johnson, «es tan vital como cualquiera en la que jamás nos hayamos visto comprometidos».

El comportamiento, la actitud, el aire retador del comunismo, ¿hace posible otra cosa cualquiera? Que no se espere nada de China es, después de todo, natural. A nadie, en definitiva, podría hacer tanto daño el progreso de la acción norteamericana hacia la victoria y una posición de influencia decisiva por el Sudeste Asiático como a China, la potencia que nunca podría contentarse con menos que el afirmarse en una posición de total, absoluto dominio en el mundo asiático.

Pero la situación es mucho más complicada. Son muchos ya los intentos, algunos de ellos de aparente y solemne seriedad, hechos por mejorar las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. R. De esta clase son los esfuerzos

encaminados a negociar un acuerdo contra la proliferación de las armas nucleares, el establecimiento, ya acordado, de un servicio aéreo regular y directo entre Moscú y Nueva York, la reanudación de las tentativas por sacar adelante un tratado consular para ensanchar y mejorar las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., la misma eliminación de las listas de mercancías de exportación prohibida a la U. R. S. S. de cientos de partidas; todo, en fin, venía apuntando en una misma y llamativa dirección. A pesar de lo cual, la actitud de Moscú frente a la posición norteamericana en el Vietnam es de una dureza y una inflexibilidad sencillamente asombrosas. No sólo para condenar lo que se ha venido haciendo, sino para aumentar las dificultades a que han de hacer frente los soldados norteamericanos, hasta alcanzar tal vez el punto en que llegue a ser inevitable otra confrontación memorable.

Cuando todavía el presidente Johnson no había regresado de su viaje por el Pacífico y puntos del continente asiático, se hacía insistente, casi insoportable, el rumor de que el bloque soviético, con la U. R. S. S. en cabeza, había tomado la decisión de prestar una ayuda adicional al Vietnam del Norte del valor de 1.000 millones de dólares. De servir esto para acentuar e intensificar la acción que se venía desarrollando hasta entonces, ¿cuántos miles de vidas norteamericanas representaría, al fin, esa renovada acción de ayuda?

Mejor que decir que la situación continuaba igual, sería advertir que lo único que en esto no ha experimentado variación alguna es el proceso de escalación, que marcha todavía adelante, hacia el encuentro tal vez de la decisión suprema de ampliar la guerra del Vietnam por no quedar ya otra salida posible o, en cualquier caso, aceptable. Apenas habían llegado los resultados de unas elecciones que habían dado lugar a mucha especulación en cuanto al efecto que pudiesen tener en el ánimo de un presidente, cuya popularidad había experimentado un fuerte descenso en sólo unos pocos meses y que tendría que pensar ya en las elecciones presidenciales de dos años más tarde, cuando Mr. Nixon, que bien pudiera ser considerado como uno de los grandes triunfadores en esta ocasión, a pesar del aire de remozado liberalismo en que aparecía, con algunas excepciones, envuelto el Partido Republicano, se encontraba hablando de las necesidades de una mayor firmeza en el desarrollo de la guerra en el Vietnam, para evitar que «tenga premio la agresión».

Mr. Nixon no estaba solo en la convicción de que no basta con seguir adelante, porque en ese caso pudiera no quedar más salida que la aceptación, a la larga, de un estado de cosas que podrían realmente producir la impresión de

que, ciertamente, todavía hay posibilidades de que la agresión se salga con la suya. O para encontrarse al cabo de un largo, costoso y vacilante camino, con que no quedaría más remedio que ceder ante la presión que se ejercía desde unas partes y otras, en busca nada más de forzar a los Estados Unidos para que cediesen y aceptasen una realidad desagradable.

La situación era tentadora no menos que arriesgada y, sobre todo, muy costosa. A pesar de los cálculos pesimistas que se hacían con demasiada frecuencia, ¿cómo se podía pensar siquiera que los Estados Unidos no fuesen capaces de resolver satisfactoriamente ese problema del Vietnam? Aun en el caso de que se hubiese de llegar a los límites establecidos por un análisis reciente de la situación, que hablaba de una guerra de cinco años por lo menos, con el empleo de una fuerza militar que pudiera estar representada por un mínimo de medio millón y un máximo de dos millones de hombres, ¿cómo se podría pensar siquiera en el abandono de una empresa, cuando hasta en la propia Unión Soviética había indicios de malestar por lo mucho que se iba alargando y por las características que iba asumiendo?

Hacía muy poco todavía que se había comentado la observación que se aseguró había hecho el secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Leonid I. Brezhnev, en conversación con otro dirigente comunista, sobre la actitud, dura e inflexible, del Vietnam del Norte. «Si ellos—se dice que observó Brezhnev, en alusión a los hombres de Hanoi—hubieran empezado las negociaciones hace dieciocho meses, el Vietcong se encontraría hoy en el control del Gobierno Survietnamita. Si negociasen ahora, conseguirían puestos en el Gobierno. Pero dentro de un año, lo único que podrán conseguir son los pasaportes para salir del país».

Hay momentos, nada infrecuentes, de un optimismo desbordado. Hay otros momentos de un pesimismo insoportable, como cuando el jefe de la minoría republicana en el Senado, Everett Dirksen, hablaba de «dos pequeños cajones de madera» que llegan periódicamente a los puertos norteamericanos del Pacífico, los féretros que llevan dentro los muertos que ya se han tenido en la guerra del Vietnam y que van camino de un lugar de eterno reposo en la tierra por la cual han luchado y han hecho el mayor de los sacrificios humanos. Entre un extremo y el otro está la sospecha, quizá el convencimiento, de que esta guerra va a ser muy difícil de ganar. Pero ¿quién, por los Estados Unidos, puede aceptar la idea de que se podría perder?

No Mr. Nixon, por supuesto, quien aseguró que en estas elecciones mismas los norteamericanos han hecho expresión del «deseo creciente de intensificar nuestra presión militar, diplomática y económica sobre los comunistas para poner fin rápidamente a la guerra del Vietnam».

* * *

Ahora que esas elecciones se van quedando atrás, ahora que es necesario hacer frente con decisión al costo de una guerra, que hasta los últimos meses se había mantenido parcialmente disfrazado al descansar en la medida de lo posible en un dispositivo militar de vastas dimensiones y poderosamente desarrollado, muchas cosas empiezan a verse de distinta manera. No había ninguna necesidad en los primeros meses, casi en los dos primeros años, de preocuparse demasiado por la contabilización pública de muchas partidas: equipo, municionamiento, provisiones, incluso preparativos y desplazamientos de personal, que en todo o en una gran parte podían aparecer disfrazadas o disimuladas dentro de la inmensidad de un establecimiento militar que estaba consumiendo ya casi los dos tercios del presupuesto de la primera y más rica potencia. Pero la guerra del Vietnam, que había entrado con el comienzo de la acción de bombardeo del Vietnam del Norte, en una fase nueva, no sólo se alarga más allá de lo calculado en un principio, sino que está resultando tremendamente costosa también. Se habla de un costo real, que pudiera no bajar mucho, en el caso de bajar algo, de los 2.000 millones de dólares mensuales. Y también del peso que esto supone para una economía en la que los especialistas estaban seguros de advertir signos claros de lo que ellos llaman «recalentamiento», consecuencia directa de una actividad mantenida a muy altos niveles y por un período de tiempo largamente sostenido, con más ya de cinco años de una prosperidad desconocida, por su elevación y extensión, incluso en la historia del país más rico y desarrollado.

La guerra del Vietnam tenía planteados grandes y graves problemas, capaces ya, desde un punto de vista puramente físico y material, de producir una sensación de inconfundible incomodidad, acaso lo suficiente para proyectarse en el panorama de los preparativos electorales para 1968, en forma amenazadora para el partido que el pasado noviembre ha recibido, por lo menos, una advertencia no enteramente desprovista de significación. Hay

algo más que problemas capaces de producir una sensación de incomodidad física.

No deja de ganar terreno la actitud de descontento, de intranquilidad, por lo que empezó teniendo unas dimensiones claramente minoritarias y que hoy, por unas razones y por otras, se va extendiendo por toda la superficie nacional en forma de una mancha de inquietantes dimensiones y acaso hasta de alarmantes consecuencias también. La potencia que había asumido, por razón de su propia magnitud y desarrollo, una posición de vanguardia en el mundo occidental, advierte con una mezcla de asombro e incompreensión que sus movimientos, su actitud, y sobre todo la guerra del Vietnam, están generando corrientes de resistencia que empiezan a tener el volumen y la fuerza de lo que bien podría convertirse en una amenaza seria para una política que más que de dirección empieza a parecer de dominación. Y todo ello mezclado con impresiones que hacen subir mucho esa sensación de desconcierto que es uno de los factores dominantes de la vida norteamericana en estos momentos en que se han dejado atrás unas elecciones que parecen haber tenido una importancia muy por encima de lo acostumbrado para estos casos de *off-year*; es decir, de la renovación total o parcial de cámaras legislativas, la nacional y las de muchos Estados, de un buen número de puestos de gobernador y de muchos miles de cargos de elección de menor importancia, pero sin tocar a la presidencia, que es lo que tradicionalmente da verdadero interés a las elecciones en los Estados Unidos. Y en los que se pudo tener la impresión, la convicción más bien, de que la guerra del Vietnam estaba dejando atrás una fase para pasar a otra, de mayor intensidad y quizá, lo cual sí sería muy grave, de mayor amplitud también.

Una guerra que llama la atención por causa de la adicción constante de nombres a una lista de muertos que casi sube ya a la sexta parte de los norteamericanos que dieron la vida en Corea en una de las guerras más estériles de todos los tiempos; por los trastornos y dislocaciones que está produciendo por culpa del costo, extraordinariamente alto; por razón de tanto movimiento y tanta presión, en muchas de las grandes capitales del mundo, en el Vaticano sobre todo, dirigidos de una manera exclusiva o poco menos a «convencer» a los Estados Unidos para que haga lo que el presidente Johnson y el secretario de Estado han insinuado o dicho, más de una vez, que no se podía hacer, por la razón sencilla de que todo eso es equivocado, por dirigirse hacia Washington cuando en realidad se debería dirigir hacia Hanoi, y, en fin, por

la impresión que producen algunas de las noticias que llegan periódicamente a los Estados Unidos sobre el carácter trágicamente derrochador, aun en el caso de verse confirmadas sólo en una parte muy pequeña, de una guerra que tiene, para empezar, la tentación de los miles de millones de dólares gastados a muchos miles de kilómetros de distancia.

* * *

Esto del derroche, causa de acusaciones e investigaciones, empieza a producir la impresión extraña de lo que gana volumen e imprecisión cuanto más se hable de ello. Unos días nada más después de la celebración de esas últimas elecciones, el norteamericano medio vió con cara de asombro lo que decía su periódico, en una información distribuida por la A. P. (Associated Press, una de las más importantes y más prestigiosas agencias de noticias de los Estados Unidos) y fechada en Saigón, que empezaba diciendo: «Entre los derivados tradicionales de la guerra están el robo, el soborno, el estraperlo, la manipulación monetaria y el derroche.

«En el conflicto vietnamita, estas influencias corrosivas en la moral y la economía de la nación se han desarrollado en escala mucho más vasta que lo que se pudiera esperar de las dimensiones de la guerra».

Con esta introducción por delante se pasaba a resumir el resultado de una investigación de dos meses con el resultado «incuestionable» de cientos de millones de dólares salidos de los Estados Unidos, que «han ido o siguen yendo al sumidero». ¿Cuántos cientos de millones? La respuesta es atterradoramente vaga, porque, sencillamente, «dos cálculos varían: 500 millones, 750 millones, 1.000 millones de dólares».

Se comprende que al hablar de una cosa tan llamativa, pero, a pesar de todo, tan imprecisa, como el derroche y la corrupción que por su propia naturaleza se escapan más bien que se someten a procesos de contabilidad y fiscalización, no se tenga una idea muy exacta de lo que se dice. Pero aun así, resulta sorprendente una situación en la que se pasa de una cifra, que produce la idea de ser el tope mínimo, de 500 millones de dólares, hasta otra que es, sencillamente, el doble.

Tan sorprendente, por lo menos, es la consideración de que, a pesar de las investigaciones que se han hecho en el pasado, a cargo de comisiones del

Congreso algunas de ellas, «no ha surgido la medida oficial de esas pérdidas». A pesar de lo cual, los observadores que han seguido con mayor atención la marcha de los acontecimientos han hecho cálculos «que suben hasta el 40 por 100 de los fondos y mercancías de ayuda de los Estados Unidos» al Vietnam.

Uno de los cálculos arranca de la base de la ayuda económica y los víveres que los Estados Unidos prestan y envían al Vietnam del Sur, del valor de unos 715 millones de dólares al año, y las mercancías que llegan a los economatos militares, por valor de otros 150 millones, lo que, tomando como base una pérdida del 20 por 100, arroja una suma de 175 millones de dólares para los doce meses del año fiscal que terminó el 30 de junio pasado. «Esto representa casi medio millón de dólares al día».

Luego viene la pérdida en la administración de la ayuda militar, que se calcula en el 5 por 100 y que «subiría a una suma gigantesca».

Se afirma que las pérdidas han alcanzado niveles tales que las noticias recogidas de distintas fuentes llevan a la conclusión de que han sido el tema de una conferencia privada entre el presidente Johnson y el primer ministro del Vietnam del Sur, Nguyen Cao Ky, en presencia de altos funcionarios de los Estados Unidos, durante la reciente Conferencia de Manila.

De lo que se hace con las mercancías robadas, explica esta información, se pueden recoger impresiones a diario en la capital misma del Vietnam del Sur. «Un generador robado ilumina un cabaret. Bombas de riego que se destinaban a los campesinos están en uso en un taller privado para el lavado de coches. La cerveza norteamericana está a la venta en muchos bares y cabarets».

En cuanto a la ayuda militar, que ha subido a 2.000 millones de dólares desde 1960, no se tiene ninguna idea precisa de lo que ha podido suceder. A partir de ese año no se ha vuelto a hacer inspección alguna, según esta información, sobre la forma en que se ha invertido todo este dinero destinado al entrenamiento y equipo de las fuerzas armadas del Vietnam del Sur.

Todo es vaguedad, imprecisión y sospechas que encuentran un estímulo poderoso en lo que se ve y observa a diario en el espléndido abastecimiento del mercado negro, una especie de rastro, de Saigón, en el que es posible encontrar todo lo que con frecuencia desaparece de los economatos militares, los establecimientos conocidos en todo el mundo por las iniciales «PX», expresión resumida de «Post Exchanges», apenas ha llegado una nueva remesa.

Ante una situación como esa, ¿qué es lo que se puede hacer? En esta información se reproducen las palabras que se dice fueron pronunciadas por un funcionario del servicio de ayuda de los Estados Unidos: «La única manera de taponar las filtraciones sería colocar a un norteamericano al lado de cada uno, prácticamente, de los funcionarios y hombres de negocios survietnamitas implicados, algo que no es, evidentemente, práctico, que es una imposibilidad más bien».

Un ambiente como ése tiene, con frecuencia, efectos deletéreos. A veces resulta extraordinariamente fácil cargar sobre otros culpas, por lo que la responsabilidad bien pudiera estar distribuida con una mayor uniformidad. En cosa de unos meses, el prestigio de una autoridad norteamericana cayó de las nubes a que había subido, cuando todo el mundo la conocía por el sobrenombre de «el alcalde Saigón», un título no oficial, a los suelos sucios y pisoteados del mercado negro de la capital survietnamita. Durante años, el capitán de la Marina Archie C. Kuntze había llevado la dirección, para satisfacción y hasta asombro de todos, por la eficacia y prontitud con que resolvía los problemas que todo el mundo había llegado a considerar como insolubles, de una vasta organización logística que invertía anualmente casi 60 millones de dólares—3.600 millones de pesetas—sólo en alquileres, salarios y compras hechas en el mercado local. La figura del capitán Kuntze era célebre y admirada y muy conocida también. Hasta que empezaron a circular rumores desagradables, y, finalmente, la necesidad irremediable de comparecer ante un tribunal militar, en California, a donde fue trasladado, después de su destitución provisional, el oficial de brillante historia, héroe de la Segunda Guerra Mundial primero, de la guerra de Corea después y hasta entonces con el derecho y el privilegio de lucir muchas y honrosas condecoraciones. Contra él se hicieron acusaciones graves sobre el tráfico ilegal de divisas, sobre la convivencia «abierta y notoria» con una joven china hermosa y cautivadora, sobre el haber permitido que esa joven hiciese uso de un vehículo oficial, sobre la importación, en un avión del Gobierno, de 225 metros de tela para uso personal y sobre otros cargos más, hasta un total de 18, que eran más que suficientes para abrumar la hoja de servicios de un oficial de la Marina con veinticuatro años de carrera. El tribunal, formado por tres almirantes y seis capitanes, encontró al acusado, de cuyo período de servicio en el Vietnam del Sur dijo el acusador que había sido «un hilo continuo» de mala

conducta, inocente de 15 acusaciones, pero culpable de tres, todas ellas relacionadas con la conducta que había seguido al frente de una vasta organización.

* * *

Sobre el Partido Demócrata, actualmente en el Poder y cuya posición ha quedado quebrantada en las últimas elecciones, a pesar de contar todavía con una fuerte mayoría en el Congreso, más aparente que real, pesa a la vez la carga de un período dilatado en posiciones dominantes y la creciente impopularidad de la guerra del Vietnam. Es el partido gobernante de la nación desde las elecciones presidenciales de 1932, con la excepción de los dos mandatos del general Eisenhower, entre los años de 1952 y 1960, un período de tiempo demasiado corto para producir un ambiente de recuperación en el Partido Republicano, que había ejercido el poder durante largos años y había, por ello y por causa de una cierta incapacidad de adaptación a las condiciones de un ambiente en estado constante de cambio y hasta de mutación, siempre que se ocupan posiciones de dirección, producido la impresión de haber perdido el contacto con la realidad.

El resultado de estas elecciones legislativas del pasado noviembre pudiera apuntar a la vez a la pérdida, muy fuerte, de popularidad del Gobierno—Administración, que es como generalmente se le llama en los Estados Unidos—y al comienzo, sorprendente y hasta espectacular por la forma y dimensiones que ha tenido, de un proceso de recuperación por el lado de la oposición, del Partido Republicano. Sobre esto pudiera ser decisiva la influencia de estos dos años, que empezaron a contarse el 8 de noviembre pasado, y que terminarán en el momento de celebrarse las elecciones presidenciales en ese tradicional—constitucional—«primer martes, que sigue al primer lunes del mes de noviembre», en las que el cuerpo electoral norteamericano tomará una decisión sobre el presidente Johnson, que estará llegando a la terminación de su primer mandato y, por tanto, con opción a uno más, en el caso, es decir, de contar con el favor de una mayoría de los votos que se habrán de emitir en esa ocasión.

Estos dos años van a ser de dura prueba por algo más que la continuación—intensificación tal vez, incluso hasta, posiblemente, la expansión también—de la guerra del Vietnam, hoy por hoy con muy escasas perspectivas de terminación para esa fecha. Particularmente desfavorable para el presidente

Johnson—y para su partido—ha de ser el ambiente legislativo de los dos próximos años, cuyo comienzo real está en la iniciación de las sesiones del Congreso salido de las pasadas elecciones, en los primeros días de enero de 1967. A la sorprendente primera mitad, la de 1965, del Congreso cuyas sesiones concluyeron el pasado octubre, siguió un año entero de apatía, indiferencia y una actitud por lo general de resistencia ante la decisión del Presidente Johnson de seguir adelante con los ambiciosos proyectos y programas de la «gran sociedad» sin desmerecimiento alguno para el esfuerzo bélico, porque, en fin de cuentas, una potencia ya tan fabulosamente desarrollada como los Estados Unidos bien podía permitirse el lujo costoso de atender al mismo tiempo, y con generosidad incluso, a dos cosas que se habían convertido en una necesidad: la manteca y los cañones, las ambiciosas reformas de la «gran sociedad» y la guerra del Vietnam.

Parte íntima de esa «Great Society» era no sólo un vasto proyecto de reformas sociales, sino el desarrollo total del programa de los derechos civiles, con la meta de la incorporación absoluta de la minoría negra a la *main stream*—la corriente central—de la vida norteamericana, el embellecimiento del panorama nacional, el saneamiento del ambiente, el aire y los ríos, que la industrialización y el crecimiento demográfico están contaminando a pasos alarmantes y, finalmente, vastos planes de urbanización de tal naturaleza y dimensiones, que sólo para la ciudad de Nueva York se ha calculado que se necesitarían 10.000 millones de dólares al año durante los próximos cinco o diez años.

El presidente Johnson, que llegó a mostrarse receloso de la popularidad—fenómeno poco menos que increíble—del asesinado presidente Kennedy, hasta el punto de haber advertido, en conversación privada, que «Jack Kennedy tenía estilo, pero he sido yo quien ha sacado adelante sus proyectos», puede tener ya la seguridad casi absoluta de que su «gran sociedad», lo que parecía ser el medio escogido para verse convertido en uno de los grandes presidentes de la nación, acaso en el más grande de todos, está predestinada al naufragio poco menos que total. Hasta una nación tan rica como los Estados Unidos está ya dándose cuenta de que, en el caso de tener que elegir entre mantequilla y cañones, no queda más remedio que dejar a un lado lo primero, que llega a tener, en circunstancias especiales, un cierto carácter de superfluidad. Pero dejar a un lado la mantequilla en el país que había llegado a considerarla como

un artículo de primera necesidad, no va a ser tarea fácil ni es posible que sirva para realzar la ya declinante popularidad del presidente Johnson.

El resultado que ha salido de las últimas elecciones ha hecho algo más que reducir la gran mayoría demócrata salida de las elecciones de 1964, que por vez primera desde los días iniciales del «New Deal» de Roosevelt, había puesto a disposición de un presidente demócrata votos suficientes para vencer algo más que la oposición de una minoría más o menos larga. En la historia legislativa de los Estados Unidos se han ido desarrollando y definiendo corrientes y tendencias que no encuentran medios fáciles de expresión en la aceptación rigurosa y constante de la dirección, instrucciones y disciplina de un partido político de estilo europeo.

En el sistema norteamericano hay peculiaridades que ofrecen dificultades para los habituados a la organización política europea, donde, en un régimen democrático, una situación minoritaria en el Parlamento conduce inevitablemente a una situación de crisis y donde las decisiones de un partido son generalmente obligatorias para todos sus miembros. En los Estados Unidos, una situación minoritaria en el Congreso no puede ser causa de crisis, sólo de inconvenientes y a la larga adaptaciones a la voluntad de la mayoría en lo que afecta a ciertos aspectos, no siempre importantes o fundamentales, de la vida oficial. Una mayoría del partido de la oposición en el Congreso puede reducir y hasta eliminar partidas en el presupuesto que el presidente pudiera considerar de vital importancia, o puede, por otro lado, imponer gastos—lo que ya sería mucho más difícil—contra la voluntad del presidente. Pero sólo en circunstancias tan excepcionales que no se han dado todavía podría un presidente verse forzado a dejar la Casa Blanca, por medio de un proceso en cuyo desarrollo el Senado se vería convertido en un tribunal. Sencillamente, el presidente es elegido para cuatro años y durante ese tiempo es prácticamente inamovible, cualquiera que sea la naturaleza o calidad de la obra que realice.

Otra peculiaridad de la vida norteamericana es que tanto en la calle como en el Congreso, el hecho de ser miembro de un partido no quiere decir invariablemente que se han de votar los candidatos de ese partido o que se han de aprobar las decisiones de su dirección una vez que se ha triunfado en unas elecciones. El Estado de California, por ejemplo, tiene una fuerte mayoría de demócratas; pero con frecuencia elige gobernadores, senadores y otros cargos del partido contrario, como en estas últimas elecciones, en las que triunfó, por una mayoría abrumadora, de casi un millón de votos, el republicano

Ronald Reagan, casi el único candidato republicano a gobernador de un acusado carácter derechista que ha salido victorioso. Siempre que se haga una salvedad con los Estados del Sur, donde la situación política es tradicionalmente algo muy particular. Por lo demás, las ganancias republicanas en cargos de la importancia del gobernador, la figura política más destacada de un partido en su propio Estado, se distinguen por la tendencia liberal y progresista de los elegidos, lo que se interpreta como un retorno a la posición tradicional republicana desde los días del «New Deal», y que había continuado hasta las elecciones de 1964, cuando su candidato a la presidencia rompió con lo que parecía ser la costumbre de pensar en un candidato que fuese moderado en el caso de no ser de una tendencia abiertamente liberal, como Wendell Willkie o Thomas Dewey. Hasta las últimas elecciones presidenciales, el Partido Republicano había llegado a convertirse en lo que la tradición eminentemente conservadora, la tradición republicana con excepciones, como la de Lincoln, solía definir en actitud despreciativa como el partido del «me, too», el «yo también», con lo que se aludía a una posición que podía ser de supeditación y hasta un cierto de sentido de esclavitud ante la aparente popularidad del programa del Partido Demócrata, bastante más avanzado.

La situación después de estas elecciones desde el punto de vista de los conservadores—son republicanos los gobernadores de casi todos los grandes Estados de la nación, Nueva York, California, Pensilvania, Michigan, etc., lo que pudiera tener una significación muy especial para las elecciones presidenciales de 1968 desde el punto de vista nacional—es llamativa, no sólo por esta clara mejora de posiciones que supone el tener los republicanos 25 gobernadores, cuando poco antes tenían sólo 17, sino por la amplia representación del sector moderado o progresista del partido. A primera vista aparece muy fortalecida la posibilidad de que para las elecciones de 1968 surja una candidatura republicana, encabezada por George Romney, el gobernador de Michigan, en combinación posiblemente con Charles Percy, joven y acaudalado hombre de negocios, que ha alcanzado un señalado triunfo en las elecciones a senador en el Estado de Illinois.

No se puede descartar, sin embargo, la posibilidad de una candidatura con Richard Nixon a la cabeza, quizá contando con el nuevo gobernador de California como candidato a vicepresidente, aunque esta combinación pudiera parecer improbable, en vista de ser ambos del mismo Estado, si bien la residencia actual de Nixon es Nueva York, y de ser ambos también de tendencia conser-

vadora. Quizá por eso acabase resultando más atractiva una combinación Romney-Reagan. En cualquier caso, la posición del Partido Republicano se ha fortalecido grandemente.

Pudiera este fortalecimiento acentuarse en estos dos años que faltan para las nuevas elecciones presidenciales en vista de la composición del Congreso, donde a pesar de ser todavía fuerte, en apariencia, la mayoría demócrata—los 435 puestos en la Cámara de Representantes se dividen entre 248 demócratas y 187 republicanos (en la anterior había 295 de los primeros y 140 de los segundos, con una vacante en cada partido), y los cien senadores se reparten entre 64 demócratas y 36 republicanos (67 y 33, respectivamente, en el anterior Senado)—, se ha restablecido la posibilidad de volver a la tradicional coalición de republicanos y conservadores demócratas, procedentes casi siempre estos últimos de los Estados del sur, que ha hecho tan difícil en el pasado, a menudo imposible, el desarrollo de una labor legislativa adecuada a las promesas electorales de los candidatos demócratas más inclinados hacia el lado progresista.

Esta mayoría efectiva de republicanos y demócratas conservadores, que naufragó bajo el peso de la avalancha que hundió la candidatura de Goldwater en 1964 y dio, por tanto, un triunfo sensacional a Johnson, pudiera ser un grave entorpecimiento para la labor del presidente en estos dos años críticos. Sobre todo, de continuar la guerra del Vietnam, que para este sector de la opinión norteamericana debe tener preferencia y prioridad en el presupuesto.

Una inclinación demasiado fuerte a ese lado correría el riesgo, sin embargo, de la reacción que suele ser, en definitiva, la respuesta a las posiciones radicales. En particular en un ambiente como el actual, de mucha y acaso creciente impopularidad de la guerra del Vietnam y de la aparente impopularidad también del presidente Johnson, susceptible de producir un desplazamiento menos hacia el Partido Republicano, sobre todo en el caso de no desarrollar una política adecuada a las horas difíciles por que están pasando los Estados Unidos, que hacia un sector progresista del Partido Demócrata, del que pudiera ser figura dominante—lo está siendo ya en realidad—el hermano del asesinado presidente y ahora senador del Estado de Nueva York, Robert F. Kennedy. Pero el senador Kennedy ha dicho, en actitud que parece ser definitiva, que no será, en las elecciones de 1968, candidato a al presidencia o a la vicepresidencia.

JAIIME MENENDEZ.